

Karla Araya Araya

Ideosemas y discurso social en el sociograma de "Primera Dama" de Augusto Monterroso

Universidad de Costa Rica

arayaka@gmail.com

Introducción: sobre la naturaleza del ideosema

En el marco del estudio sociocrítico, la cultura y todas sus manifestaciones sociales son expresadas en las producciones literarias. El texto es una producción discursiva inscrita bajo ciertas posiciones ideológicas que develan las contradicciones y conflictos en los que una sociedad se ve envuelta. Como producción discursiva, escribe Edmond Cros citando a Michel Pêcheux, el uso de la palabra mediante el proyecto de escritura

no existe en sí mismo sino que "está determinado por las posturas ideológicas que intervienen en el proceso social histórico en que se producen (es decir, se reproducen) palabras, expresiones y proposiciones".

Dicho de otro modo, la palabra cambia de sentido según la postura del que la emplea. (Cros 63-64).

Según la sociocrítica, la palabra es organizada mediante estructuras ideológicas-socio-discursivas denominadas ideosemas.

De acuerdo con María Amoretti el ideosema es un "fenómeno textual capaz de reproducir metonímicamente las relaciones dadas en una práctica ideológica" (63); es decir, una recurrencia constante de un elemento textual que evidencia formas de pensamiento, códigos políticos, económicos, morales, sociales, culturales y religiosos dentro de una amalgama de relaciones de poder. Este conjunto estructurado refleja una práctica social producto del estado ideológico en el

que se desenvuelven los(as) personajes (dentro del texto) y los(as) individuos (dentro de la sociedad). Consecuentemente, un ideosema guarda una relación muy estrecha entre lo histórico de la situación social “real” en que el texto se recrea y las relaciones discursivas que caracterizan ciertas prácticas ideológicas.

En conjunto, los ideosemas van a revelar la socialidad del texto; es decir, el “sociograma” textual en términos sociocríticos. Régine Robin y Marc Angenot explican que el sociograma es la expresión operativa del discurso social porque refleja “conglomerados de figuras, imágenes, de predicados, que [giran] alrededor de un sujeto temático” (55). Haciendo referencia a Claude Duchet, entienden el sociograma como un “vector semántico conflictivo” (Robin y Angenot 55) sobre una determinada situación social, que en el texto literario es articulada a través de los ideosemas.

Entonces, la práctica discursiva nos remite a aquella relación entre sujetos y objetos del discurso determinada temporal y espacialmente. Los ideosemas ayudan a concretizar el lugar –así como sus particularidades– donde se forma y desforma esa práctica discursiva debido a la socialidad generada en el texto en relación con el objeto de habla (temática socio-discursiva). Esta situación pone en evidencia el carácter de práctica social que todo ideosema cumple ya que éste es parte del discurso(s), producción capaz de establecer las relaciones entre aspectos culturales, políticos y económicos y los aparatos ideológicos del estado dentro de la enunciación textual.

El ideosema permite, entonces, la “unidad” textual en la que se pueden destacar las relaciones de poder –dentro de una o varias temáticas– en una sociedad determinada. Esta unidad no se refiere a la función unificadora de un sujeto debido a que su carácter discursivo está determinado por un sistema muy complejo de relaciones yuxtapuestas. Una relación discursiva generada por ciertos ideosemas no implica una cadena de ideas, ni la historia del referente; más bien, ésta expresa las condiciones históricas que posibilitan la existencia del objeto del discurso(s) dentro y fuera del texto. Es por esto que el ideosema constituye un elemento de acercamiento y significación importante para el estudio de la sociabilidad del texto.

Asimismo, el ideosema se conforma como un aspecto esencial para la elaboración ideológica textual puesto que recrea una imagen que conduce a la formación conceptual de tipo temático. Por consiguiente, el ideosema también nos remite a los espacios dialógicos, a

las zonas en las que convergen huellas ideológicas diferentes, pertenecientes a discursos opuestos o contradictorios. Así, al evidenciar la pluriacentuación de un término, se puede identificar los diversos discursos de donde proceden los distintos acentos. (Amoretti 45-46).

Consecuentemente, esta pluriacentuación confiere al ideosema un carácter de puente que permite un diálogo con el mundo mediante los campos semánticos de temáticas con las que éste muestra los discursos sociales pertenecientes a una práctica ideológica.

En el cuento “Primera Dama”, el proyecto de escritura se desarrolla a través de los ideosemas: patriarcado político-social, el interés social, la modestia, la ignorancia y la recitación. Estos ideosemas estructuran el discurso textual y su estado ideológico. La ironía, como retórica discursiva configura los ideosemas mencionados creando las contradicciones que todo sociograma revela.

Patriarcado

La primera figura semántica recurrente en el texto gira alrededor del rol que la Primera Dama asume dentro del manejo político de los gobiernos. Desde la perspectiva política, una primera dama es una representación gubernamental a la cual le asiste la envergadura del poder del estado en el cargo que representa. Desde una mirada crítica feminista, la Primera Dama podría convertirse en un agente empoderado. Sin embargo, históricamente y desde el proyecto textual del cuento de Monterroso, la Primera Dama está confinada a los cánones patriarcales de comportamiento social e intelectual. El narrador muestra una Primera Dama sometida y limitada al poder de la presidencia y su gabinete, quienes ocupan espacios claves para la toma de decisiones. Así, dentro de la trama textual la Primera Dama es una figura constantemente

desautorizada por el Presidente (quien además es su marido), por el Director General de Educación quien claramente revela su incapacidad para entender y aceptar trabajar con mujeres, pues él considera que éstas son “raras, vanidosas, difíciles, y uno tiene que andarse todo el tiempo con cortesías, preocupándose de que estuvieran siempre sentadas” (111). Pero sobre todo, es ella quien a través de su ignorancia, frivolidad e hipocresía refuerza el estereotipo patriarcal sobre el ser mujer.

El papel de la Primera Dama dentro del ámbito político es totalmente menospreciado e irrelevante ante la toma de decisiones trascendentales para el país. La trama textual ubica a una Primera Dama asumiendo el deber sobre las cuestiones domésticas tradicionales. Al respecto, ella manifiesta: “mi marido dice que son tonterías mías –pensaba–; pero lo que quiere es que yo sólo me esté en la casa, matándome como antes” (107). Desde la perspectiva patriarcal, la casa ha sido el espacio social asignado a la mujer confinando su rol al cuidado de los niños, la alimentación de la familia y el mantenimiento de la casa como inmueble. Por esta razón aún cuando el título de Primera Dama debería representar algún poder de acción y decisión trascendental a nivel gubernamental, ella sigue siendo ante todo una mujer y como tal, desde la perspectiva patriarcal, no tiene la capacidad para asumir responsabilidades más allá de lo decorativo y superfluo de las actividades sociales en el campo político. El Presidente, por ejemplo, constantemente subestima la capacidad intelectual de su esposa la Primera Dama. A él lo que le preocupa es que ella haga un ridículo público. Este desvelo no nace por una cuestión solidaria para con el prestigio de su esposa, sino más bien de una preocupación egocéntrica de verse él como presidente y sobretodo como hombre expuesto socialmente ante comentarios que pongan en duda su masculinidad y hombría. Por esto, “sus [las de la Primera Dama] apariciones en público lo irritaban” (113).

La Primera Dama, en su calidad de mujer sólo asume los espacios decorativos que estén relacionados a los deberes maternos tales como el cuidado de los infantes, su educación y alimentación. Todo el relato espacial del texto, ubica a la Primera Dama en un acto escolar en donde ella y la representación gubernamental escolar se encuentran *supuestamente* “movidos por un alto espíritu de solidaridad humana” (117) “a favor” de la buena nutrición infantil pues “había

muchos niños subalimentados cosa que el Gobierno era el primero en lamentar” (117). Por tratarse de asuntos domésticos, esa tarea *representativa* le es asignada a la Primera Dama. En este sentido, ella asume una maternidad nacional de índole protocolar. La primera dama es una figura representativa de la femineidad, delicadeza, sencillez “cuyas entrañas generosamente maternales se habían conmovido hasta las lágrimas al saber la desgracia de esos niños” (117). Sin embargo, ésta última aseveración es una de las principales contradicciones discursivas en el texto. Sobre la imagen de madre patriótica, responsable y dolida, Monterroso construye una de las mayores ironías del texto.

La Primera Dama, esa mujer-madre “preocupada” por la desnutrición infantil antepone el estereotipo patriarcal de la vanidad ante sus otros preciados rasgos de “naturaleza” femenina: bondad y autosacrificio. Ella acepta frívolamente “ayudar” al director escolar pues “cómo podía dudarle? No sólo le iba ayudar haciendo propaganda entre sus amigas, sino que personalmente trabajaría con entusiasmo, tomando parte, por ejemplo, en las veladas” (111). Su frivolidad radica en que el principal motivo que mueve a la Primera Dama es la vanidad, una de las principales y contradictorias características “femeninas” patriarcalmente estigmatizantes del ser mujer. Esa noción patriarcal sobre el rol petulante femenino es también plenamente aceptada por la Primera Dama quien parece estar consciente de que su papel en el gobierno es el de adornar y “embellecer” a través de la recitación, los actos políticos públicos. Lejos de sentirse ofendida por tan mundano rol, la Primera Dama se muestra resarcida y atraída por la fama que su aparición pública le genera. El narrador afirma que la primera dama “sabía, sin embargo, que de cualquier manera ella era la figura principal” (108) de cualquier acto de beneficencia organizado.

“Qué bueno”, pensó [la primera dama] [...], “que haya esta oportunidad”. Pero al mismo tiempo se arrepintió de su pensamiento y le dio miedo de que Dios la castigara cuando reflexionó que no era bueno que los niños se desmayaran de hambre. (111).

Así, los actos de beneficencia se convierten en espacios de autoglorificación que desplazan las intenciones solidarias. Consecuentemente, y de manera trivial, la Primera Dama manifiesta

diplomáticamente pero con gran ignorancia: “‘Pobrecitos’, pensó para aplacar al cielo y eludir el castigo. Y en voz alta dijo: –Pobres criaturas. ¿Y como cada cuánto se desmayan?” (112). La preocupación de la Primera Dama por la frecuencia de los desmayos revela su frívola actitud ante cuestiones más importantes como lo serían las causas de los desmayos.

Por otra parte, la función que asume la Primera Dama en la “solución” del problema de la desnutrición infantil constituye otro elemento concreto sobre el patriarcado político y la ironía textual. Cabe destacar que ella no tiene idea de cómo resolver el flagelo del hambre infantil. La iniciativa es asumida por el Director General de Educación quien considera que “tendrían que fundar una organización para reunir fondos” (112). Al respecto, la Primera Dama replica: “Claro, [...] ¿Y cómo le pondremos?” (112). Su preocupación periférica por el nombre de la organización, cuestiona no sólo su habilidad gestora sino también su capacidad intelectual para visualizar el problema de la desnutrición en el plano político-económico y social. Esa falta de capacidad intelectual es clara y constantemente evidenciada por su marido.

–¿Te gusta lo que voy a recitar? –le preguntó a su marido [la primera dama].

–Con tal de que no se te olvide a medio camino y no hagás el ridículo –replicó él malhumorado pero incapaz de oponerse en serio–. Realmente no sé para qué te metiste a esa babosada. (113).

De igual manera, la participación de la Primera Dama en la organización del evento de beneficencia es decorativa y pueril. Sus comentarios se reducen a la forma en que quedó organizado el programa del evento, el cual “ella creía que estaba bien. Aunque quizá era demasiada música y poca recitación.” (113). Su actitud vanidosa es descubierta en su interés porque el programa sea estéticamente correcto y que el lugar sea el adecuado para la recitación, por esto propone que para la próxima actividad “podemos conseguir un teatro yo voy a recitar ya va a ver pero que sea un teatro grande” (123).

Paradójicamente, la Primera Dama transforma el objetivo y fin de la velada artística – recaudar fondos para mejorar la alimentación de los niños desnutridos– en su acto personal; aquel

espacio social que ella necesita para recitar su poesía. Al respecto, ella después de su recitación señala que

el público después de todo no era tan bruto. Pero bueno esfuerzo le estaba costando hacerlo llegar a la poesía. Era todo lo que pensaba: poco a poco. Mientras estrechaba las manos de los que la felicitaban se sintió embargada por un dulce y suave sentimiento de superioridad. (121).

El tema de los fondos para combatir la desnutrición no es motivo de preocupación pues en su lugar la primera dama ya estaba pensando

en lo bueno que sería organizar pronto otro acto, en un local más grande, quizá en un teatro, en el que ella sola se encargara de la totalidad del programa, porque lo malo de estas veladitas era que los músicos aburrían a la gente, a pesar de que el otro día también los elogiaban en el periódico, lo que no era justo. No pues. (122).

Sin saber si la recaudación de dinero había sido provechosa, “ya en la puerta de su casa invitó al Director General y a dos o tres amigos a tomar un *whisky* ‘para celebrar’. Deseaba prolongar un rato más la conversación sobre su triunfo.” (122). Pero incongruentemente con la finalidad del evento, “el Director General le informó muy elaboradamente que tenían utilidades por \$7.50” (122); mucho menos dinero del que podría costar el *whisky* con el que la primera dama estaba celebrando su triunfo y no el de la velada escolar. Irónicamente, la Primera Dama concluye el relato textual diciendo “Fíjese que estoy preocupada [...] por lo poco que sacamos hoy. ¿Qué le parece si le doy cien pesos para no salir tan mal? Tengo muchas ganas de ayudar.” (123). Tal manifestación demuestra que la velada no era necesaria desde el punto de vista económico, pues el dinero que la Primera Dama dona al final del evento pudo haber sido dado desde que el problema de la desnutrición infantil fue planteado sin tener que incurrir en el gasto de recursos y tiempo para la organización de la velada. Más sin embargo desde una perspectiva patriarcal, una Primera Dama es capaz de hacer cosas absurdas en función de su vanidad.

La modestia

En primera instancia, este ideosema podría pensarse como parte de la estructura discursiva del patriarcado pero su recurrencia como elemento retórico hace que adquiriera una significación particular dentro de la enunciación textual. La modestia denota estados semánticos y pragmáticos asociados al recato, pudor, vergüenza, moralidad; a la “persona que no se vanagloria de los propios méritos” (Larousse 684); características que desde la óptica machista deben de tener las mujeres. Pero la fuerte ironía que envuelve cada acto “modesto” pretende más bien demostrar la hipocresía y egocentrismo de todos los personajes; especialmente, la de la primera dama quien se jacta de humilde.

En el caso de la figura de una Primera Dama, la solidaridad es una característica socio-políticamente asociada a los valores morales de una sociedad modesta y un buen gobierno. Sin embargo, el discurso textual contradice tal asociación pues existe una disyunción entre lo que la Primera Dama dice y hace. Por un lado, ella afirma que “hasta ahora no había organizado ninguno [evento de beneficencia], por modestia” (108); pero por otro, la misma declara que “de cualquier manera ella era la figura principal” (109) de las veladas revelando su necesidad por figurar. De igual manera, ante la presentación del problema de la desnutrición, la Primera Dama traicionada por su verdadero interés indica: “yo puedo recitar [...] ‘Qué bueno’, pensó mientras lo decía, ‘que haya esta oportunidad.’” (111). No obstante, ante su falta de recato y principios cristianos “se arrepintió de su pensamiento y le dio miedo de que Dios la castigara cuando reflexionó que no era bueno que los niños se desmayaran de hambre” (111). Entonces en una manifestación más que solidaria ignorante y frívola “pensó rápido para aplacar y eludir el castigo. Y en voz alta dijo: Pobres criaturas. ¿Y como cada cuánto se desmayan.” (111).

En el ejercicio político más no moral de su representación gubernamental, la Primera Dama también deja ver la hipocresía y ambivalencia con la que se construye su modestia. Así, en respuesta a la preocupación expresado por el Director General sobre el hecho de que “no está bien que haya venido sola” (116) a la velada, ella “lo miró comprensiva y lo tranquilizó

cortésmente” (116). Pero dicho acto modesto se revela contradictoriamente como una expresión de un sentimiento de superioridad. El narrador aclara:

Desde que se convirtió en la Primera Dama se alegraba mucho cuando tenía la oportunidad de demostrar que era una persona modesta, posiblemente mucho más modesta que cualquiera otra en el mundo, y hasta había estudiado en el espejo una sonrisa y una mirada encantadoras que significaban más o menos: “¡Cómo se le ocurre! ¿Se imagina que porque soy la esposa del Presidente me he vuelto una presumida?” (116).

Primeramente, el uso de la preposición *desde* indica un punto de origen que hace referencia a cuándo en tiempo y espacio es que la modestia empieza a ser parte de la personalidad de la Primera Dama. El *desde* aparece como elemento introductorio de una nota aclaratoria que trata de dar cuenta sobre la verdadera naturaleza de la modestia a la que la Primera Dama alude. Así, es posible deducir que la modestia no formaba anteriormente parte de las cualidades de la ahora Primera Dama quien no es sino a partir de su nuevo estatus socio-político que empieza a adquirir actitudes más no cualidades modestas.

Segundo, la reiteración mediante la frase indicativa de que posiblemente la Primera Dama es “mucho más modesta que cualquiera otra en el mundo” (116) raya en lo engreído a la luz de la decodificación hecha de la palabra *desde* y de lo que la misma Primera Dama dice y hace para “ser” modesta. Ella necesita practicar las actitudes humildes porque no tiene aptitud para la modestia. Por esto la referencia a la práctica frente al espejo antepone dos realidades: la mujer ante el espejo quien es poco modesta, y su reflejo modesto simulado. Ese simulacro (reflejo) es lo que Jean Baudrillard ha denominado como hiperrealidad. En este sentido, estudiar y practicar actitudes modestas frente al espejo es en sí una acción hiperreal antepuesta a la realidad histórica y concreta sobre el ser de la Primera Dama. Dicho de otro modo, la copia de lo que la Primera Dama pretende ser y ensaya en el espejo reemplaza a su ser auténtico. Esta acción constituye una simulación. De acuerdo con Baudrillard “to simulate is to feign to have what one doesn’t have. One implies a presence, the other an absence.” (3). En este contexto de simulación,

las apariencias pasan a tener mayor importancia que la realidad, el continente que el contenido, las siglas o el logotipo que su significado. Lo que importa es ganar, y, por tanto, todo debe servir de reclamo publicitario o propagandístico. La ficción, el como si, el simulacro sustituye a la sinceridad y la veracidad [concreta]. La representación política corre, por tanto, el peligro de convertirse en pura representación teatral, en puro espectáculo, en el que sólo cuentan los aplausos finales. (Ballesteros 74).

Esta producción postmoderna sobre la realidad a la que Ballesteros hace referencia, es precisamente el tipo de mundo político hiperreal creado por las “actitudes modestas” que la Primera Dama trata de simular. Es decir, ella pretende ser modesta pero no lo es. Consecuentemente, el reclamo hecho al Director General de Educación: “¡Cómo se le ocurre! ¿Se imagina que porque soy la esposa del Presidente me he vuelto una presumida?” (116) aparece como parte de una construcción irónicamente hiperreal que pretende afirmar e interiorizar la modestia en una Primera Dama que en el mundo concreto carece de ésta.

Dicho de otro modo, el sentimiento de superioridad es paradójicamente disfrazado a través de actos que a simple vista serían modestos. Después de la recitación, el narrador señala que la Primera Dama “permaneció unos segundos con los brazos en alto” (121), posición de glorificación que con respecto a una audiencia marca una jerarquía. No es sino hasta cuando “oyó que aplaudían” (121) que se mostró resarcida, “bajó las manos [...] y] mientras estrechaba las manos de los que la felicitaban se sintió embargada por un dulce y suave sentimiento de superioridad” (121). Por esta razón cuando “una señora humilde que se acercó a saludarle le dijo que qué bonito” (121), la Primera Dama se recata y “aunque estuvo apunto de abrazarla” (121) se contuvo porque no es digno que ella se muestre al mismo nivel de un público que considera “después de todo, no era tan bruto” (121) siendo percibido en términos peyorativos. Dicha percepción refleja un sentido de superioridad con respecto a los otros considerados inferiores, algo que da al contraste con el concepto de modestia.

Ignorancia

El discurso de la ignorancia es un ideosema abordado desde dos campos particulares: las letras y los problemas sociales. En el caso de las letras, el narrador advierte desde el inicio del cuento que la Primera Dama “vio en el espejo, detrás de ella, los estantes llenos de libros en desorden. Novelas. Libros de poesía.” (107). El espejo nuevamente revela una intencionalidad discursiva particular pues en él subyace un simbolismo referido a una realidad simulada. En este sentido, la Primera Dama se da cuenta de la existencia de los libros en el sentido más superficial: la proyección que éstos tienen en el mundo concreto. La importancia y el estado crítico intelectual del conocimiento que los libros tienen son re-significados desde la perspectiva de posesión casi arqueológica; es decir, algo así como piezas valiosas de museo. La Primera Dama es una espectadora aficionada-poseedora de libros pues como indica el mismo narrador “pronto ya no iban a caber los libros en la casa. Pero aunque no los leyera todos, eran la mejor herencia.” (108). Entonces, el valor sobre el conocimiento de las letras es superficial porque los libros son visualizados como objetos preciados de consumo aristocrático, por eso importa muy poco que “no los leyera todos”.

Sobre las letras pero en el ámbito del dominio lingüístico, la Primera Dama muestra un conocimiento insuficiente sobre su propia lengua. Ella no maneja bien la acentuación y división silábica. Consecuentemente, su recitación es pobre. En los casos en que ella logra que la recitación sea buena es por razones obvias ortográficas que marcan el acento de las palabras. El ideosema de la ignorancia es fuertemente evidenciado cuando la Primera Dama declama:

El varóooooon que tiene corazón de liz aaaaaalma de queeeeeerube, lengua celestilla el mínimo y dulce Francisco de Asfiiiiis/ está con rudui/ torvoa/ nimal. Pronunciaba liz. Era bueno alargar las sílabas acentuadas. Pero no siempre sabía cuáles eran, a menos que tuvieran el acento ortográfico. Por ejemplo: “varón” oooooon; “mínimo”, miiiiii; “corazón”, oooooon. Pero en alma de querube, lengua celestial, no había modo de saberlo. (114).

Aún cuando la falta de conocimiento de la Primera Dama es advertida por el narrador, ella le achaca su ignorancia al pueblo sin ser capaz de admitir sus limitaciones intelectuales.

Con respecto al campo de los problemas sociales, la ignorancia es político-administrativa. Por un lado, la desnutrición como resultado del hambre es la última opción a considerar; opción que no fue siquiera notada por las autoridades encargadas de velar por la sana educación de la población escolar. El narrador aclara que

Alguien [el subrayado es mío, K.A.A.] había notado que los niños de las escuelas andaban medio desnutridos, y que algunos se desmayaban a eso de las once, tal vez cuando el maestro estaba en lo mejor. Al principio lo atribuyeron a indigestiones, más tarde a una epidemia de lombrices (Salubridad) y sólo al final, durante una de sus frecuentes noches de insomnio, el Director General de Educación, nebulosamente [el subrayado es mío, K.A.A.], sospechó que podrían ser casos de hambre. (108).

La ignorancia sobre la pobreza social, hace que el Director General ingenuamente pero también con gran falta de sensibilidad social, convoque a una reunión para increpar a los padres de familia sobre la causa de la desnutrición. Como resultado, “la mayoría [de padres de familia] se indignó de viva voz ante la suposición de que fueran tan pobres y, por orgullo frente a los demás, ninguno estuvo dispuesto a aceptarlo” (108). De muchas maneras, la no aceptación de la pobreza por orgullo o dignidad era una posibilidad bastante predecible que el Director General no pudo visualizar antes de hacer el anuncio y cuestionamiento público sobre las causas de la desnutrición. En este sentido, la pobreza es un fenómeno social producto de ciertas decisiones político económicas, y no como asume el Director, una disposición individual.

De igual manera, la Primera Dama es tan ignorante sobre el problema de la desnutrición que sus preocupaciones al respecto son superfluas e incautas. La capacidad gestora para solucionar el problema social suscitado es intelectual y políticamente muy limitada: “¿Y como cada cuando se desmayan” (112); “Tendrían que fundar una organización para reunir fondos./ –Claro –dijo ella– ¿ Y cómo le pondremos?” (112). Ante la falta de recursos recolectados en la velada, la Primera Dama considera que la causa “se debe al local que era muy chiquitito” (122). Ella no puede darse

cuenta que la pretensión por obtener dinero del mismo pueblo que no tiene recursos para alimentar a sus niños es absurda e irresponsable.

Corrupción

Socialmente la corrupción ha sido un fenómeno reprochable por el hecho de que alguien, en su rango de gestor, administrador, o jefe, saca provecho de su posición para obtener beneficios personales. En el texto hay tres eventos fundamentales dentro de la enunciación que remiten a la reproducción de relaciones sociales corruptas originadas por el goce del poder político como parte de una práctica ideológica.

En primer plano se encuentra la posibilidad casi como derecho adquirido de poder disfrutar de la realización de ciertas prácticas y de gozar del acceso a espacios distinguidos. Una vez que la Primera Dama adquiere una posición de figura pública y política, ella en un acto de auto-reflexión sobre su nuevo rol sostiene: “Mi marido dice que son tonterías mías –pensaba ella–; pero lo que quiere es que yo sólo me esté en la casa, matándome como antes. Y eso si que no se va a poder.” (107). Ella, en ejercicio de su nuevo rango, no esta dispuesta a quedarse en su casa, “matándose” lo cual significa que no tiene por qué continuar trabajando tan duramente “*como antes*” pues ahora es la Primera Dama. Como Primera Dama, ella cuenta con los medios para sacarle provecho personal a su nueva posición sociopolítica. Después de haberle ayudado a su esposo a ser presidente, la Primera Dama espera sacarle provecho a su nueva posición política porque “si no le hubiera ayudado cuando estaba[n] bien fregados, todavía” (107) pero “el hecho de que él sea ahora presidente, en vez de ser un obstáculo debería hacerlo pensar que así le ayudo más” (107). Pero como ya se ha expuesto a través del análisis de los ideosemas del patriarcado, la modestia y la ignorancia, la ayuda que la Primera Dama ofrece constituye un acto de auto satisfacción más que una acción social.

Consecuentemente, la Primera Dama no esta dispuesta a frecuentar los lugares referidos a la clase lumpen, pues su posición le demanda un ambiente más burgués, un cambio de glamour.

Ella “no v[a] a andar recitando en cualquier parte como una loca sino en actos oficiales o en veladas de beneficencia. Sí pues, si no tenía nada de malo”. (107). La referencia despectiva a *cualquier* parte subraya que su ámbito de trabajo tiene que estar fuera del círculo social común muy a pesar de las pobres condiciones económicas del país. Aun cuando no se cuenta con los fondos para solucionar la desnutrición infantil, la Primera Dama y el Director General hacen un uso despilfarrado de dinero en aspectos superfluos como el papel del programa de la velada: “pasó su mano sobre el programa, un trozo cuadrangular de papel satinado elegantemente impreso” (112).

El otro evento enunciativo que evidencia la corrupción está presente en el tráfico de influencias. La forma en que se manejan los asuntos gubernamentales entre el Director General de Educación y el Presidente evidencia una perspectiva corrupta sobre el accionar político en asuntos económicos. Primeramente, la enunciación textual demuestra que para alcanzar alguna respuesta “positiva” a los problemas sociales se debe de contar con fuertes lazos de influencia y encontrar de buen humor al Presidente. Al respecto, el Director General de Educación “[p]or fortuna recordó que el Presidente había sido su compañero de colegio y dispuso ir a verlo cuanto antes” (109). De igual forma,

[e]l Director sabía que por más palmaditas que le diera ya no era lo mismo que en los tiempos en que se iban juntos a la escuela, o sencillamente que apenas hacían dos años, cuando todavía se tomaban un trago con otros amigos en El Danubio. De todos modos, se veía que empezaba a sentirse cómodo en el cargo. Como él [Presidente] mismo dijera levantando el índice en una reciente cena en la casa de sus padres, de sobremesa, ante la expectación general primero, y la calurosa aprobación después, de sus parientes y compañeros de armas: “Al principio se siente raro; pero uno se acostumbra a todo.” (109).

Así, el problema del hambre puede denunciarse porque el Director tuvo una relación cercana con el ahora presidente; situación de la que éste último toma provecho para poder dar “solución” al hambre infantil. El Director le comenta al Presidente “que ha habido varios casos de niños que se desmayan de hambre en las escuelas y yo quisiera ver qué podemos hacer.

Prefiero decírtelo a vos de una vez porque sino es la bruta de andar de aquí para allá [el subrayado es mío, K.A.A.]” (110).

Por otra parte, la Primera Dama asume un papel protagónico en la aparente “solución” al problema del hambre en la niñez de su país sólo porque es una solicitud expresa del Presidente. El Director General asiente hipócrita y sumisamente aunque no le parezca de poca ayuda la presencia de la Primera Dama.

El servilismo, entonces, aparece como una manifestación concreta de la corrupción. A modo de sátira, el Director de Educación es el más domesticado. Constantemente sumiso y temeroso, su comportamiento obedece servilmente a las figuras de poder que lo condicionan. La práctica liberadora de la educación no surte efecto en él. Su estado carente de autonomía es asumido como auto-represión: “quiso entender más bien que lo trataba con ironía, y deprimido, se puso a hablar sin ton ni son de esto y lo otro” (116). La aceptación implícita y explícita de estos comportamientos grafica el nivel de violencia simbólica que se desprende de figuras como la de la Primera Dama y la del Presidente. Esta adhesión sumisa a la autoridad se manifiesta también cuando el Director acata la indicación del presidente: “si querés háblale a mi señora para que te ayude; a ella le gustan esas cosas” (111) a lo que sin subversión alguna “el Director le dijo que estaba bueno y que iba a hablar enseguida” (111). “No obstante, esto más bien lo deprimió, porque no le agradaba trabajar con mujeres. Peor de funcionarios.” (111). No obstante, el mismo Director admite que “mejor era interpretar la sugerencia del Presidente como una orden” (111).

Como resultado, es claro que no existen mecanismos político-administrativos reales y efectivos para que las denuncias de problemática social sean tratadas seriamente. Así que los actos corruptos se asumen como parte de un derecho adquirido y una normalidad que la adquisición del poder político consigna.

Ineficiencia

La incapacidad del estado investida en las figuras del Presidente, la Primera Dama, el Director y las instituciones gubernamentales es eminente por cuanto ninguno aporta soluciones reales a los problemas sociales. No hay acciones eficaces de fondo, sólo de forma. Los problemas se maquillan con eventos de beneficencia como lo es el recital del que la Primera Dama y el Director toman parte para recaudar fondos. Asimismo, las instituciones gubernamentales evaden sus responsabilidades y se las trasladan unas a otras pues de haber acudido a la instancia correspondiente para buscar la solución al problema que se plantea en el texto, el Director habría tenido que “andar de aquí para allá” (110).

Frente a esta situación de inoperancia, el Presidente asume una actitud irresponsable y en tono burlesco indica: “¿No te me estarás volviendo comunista, vos? –lo detuvo él, soltando una carcajada–. Aquí sí que se echaba de ver su excelente humor del día.” (110). Esta forma bromista de asumir su rol de Presidente ante un problema tan delicado refleja su ineficiencia, su falta de liderazgo y su poco (o nada) compromiso social. Él traslada su obligación corruptamente a otros pues le dice al Director

que le parecía bien, que fuera viendo a quién le sacaba la plata, que dijera que él estaba de acuerdo y que quizás la UNICEF podía dar un poco más de leche. “Los gringos tienen leche como la chingada, afirmó por último, poniéndose de pie y dada por terminada la entrevista.” (110).

Además de ser la sugerencia del Presidente, ineficiente es por sobre todo corrupta.

La ineptitud también forma parte de la visión de mundo de la Primera Dama. Como ya se ha explicado anteriormente, ella es una mujer que protagoniza en las veladas cuyas acciones no trascienden en la solución de la desnutrición. A esta ineficiencia de labores se suma el accionar del Director General de Educación, quién junto con los actores políticos antes mencionados disuelve en acciones superficiales las soluciones y responsabilidades políticas y morales de su cargo. Entonces, así como por efecto de rebote, se pretende que los propios familiares de los

niños hambrientos resuelvan el problema participando de los eventos de beneficencia organizados. Al final, algo del dinero requerido para alimentar a los(as) infantes es sacado de los bolsillos escurridos de sus propios padres y madres.

Recitación

El ideosema de la recitación como práctica discursiva e ideológica es convertido en un acto grotesco de predicación de los más poderosos hacia los más desproveídos. La recitación evoca una especie de exorcismo irónico:

Pronto sintió que de su boca, a través de sus palabras, se iba asomando al mundo San Francisco de Asís, mínimo y dulce, hasta tomar la forma del ser más humilde de la tierra. Pero enseguida esa ilusión [el subrayado es mío, K.A.A.] de humildad quedaba atrás porque otras palabras, encadenadas uno no sabía cómo con las primeras, cambiaban su aspecto hasta convertirlo en un hombre iracundo. Y ella sentía que tenía que ser así y no de otra manera porque encontraba llamándole la atención a un lobo, cuyos colmillos habían dado horrorosa cuenta de pastores, rebaños y cuanto ser viviente se le ponía por delante. Sí pues. Su voz tembló luego y se le escapó una lágrima en el preciso instante en que el santo le decía al lobo que no fuera malo, que por qué no se dejaba de andar por ahí sembrando terror entre los campesinos y que si acaso venía del infierno. (119).

La polivalencia de este relato es irreductible, pues por un lado reafirma el ejercicio del poder salomónico del discurso ideológico, y por el otro, muestra sus inconsistencias y contradicciones sociales a través de la imagen de un lobo; animal salvaje y feroz.

La recitación de la Primera Dama le apuesta a la bondad que unas palabras bonitas pero carente de análisis social puedan ejercer sobre el pueblo. En la enunciación, la bestia es dotada de un gran salvajismo que le permite sobrevivir pues las presas que le sirven de alimento son las mismas que confían en que el lobo llegue a ser bueno. Pero una mira sociohistórica crítica haría ver que no es posible creer que las ansias del lobo simplemente sucumban ante un acto milagroso

de fe. En este sentido, la recitación evidencia que el estatus de la Primera Dama se ha configurado bajo los mismos términos que los del lobo, por esto, ella tampoco puede renunciar a los goces y privilegios obtenidos a través de la autoridad político-gubernamental que le enviste.

De igual manera, el Director también hace alarde a las maravillas “que el libro y sólo el libro resolvería” en relación a todos “los seculares problemas a que se enfrentaba la patria”. Sin embargo, es claro que lo misérrimo de este asunto es que él como representante de ese libro-educación simboliza nada más que un discurso vacío, carente los ideales de los procesos educativos y que en su lugar desvirtúa el valor real que la educación debería asumir.

Consecuentemente, la recitación como práctica discursiva e ideológica constituye un medio de dominación. Como en el caso del engaño del lobo, la Primera Dama “[d]ecía las palabras ‘débiles’ y ‘malos’ con tonos tan diferentes que a nadie le cabía la menor duda de que ella estaba de parte de los primeros. Y se sentía segura de que su recitación era un éxito” (120) porque nadie es capaz de cuestionar las verdaderas intenciones de la Primera Dama.

Finalmente, la recitación apasionada y lúdica se antepone a las actividades comprometidas con el bienestar social. Su fin es el de un aficionado y no el de un crítico. Así la recitación se torna insignificativa y por demás alejada de la realidad y necesidad que le convoca. Por esta razón la preocupación por una recitación adecuada está depositada en la forma más no en el contenido. La Primera Dama se enfoca en aspectos periféricos y triviales tales como las inflexiones de voz, el dramatismo corporal de gestos y movimientos, los cambios de acentuación enfocados en variaciones del volumen de la voz y expresiones faciales que distraen la atención de la audiencia sobre el contenido de la recitación. Dicho de otro modo, la recitación se convierte en un espectáculo, en una actuación de un acto protocolar, en un medio propagandístico del poder político.

Conclusiones

Las contradicciones discursivas evidenciadas en la enunciación textual del cuento “Primera Dama” muestran el carácter dialógico del discurso. Al respecto, María Amoretti apunta que dentro del texto existe “una pluralidad de fuerzas confrontándose unas a otras dialógicamente” (116). En este sentido, los ideosemas presentes ayudan a determinar la forma tan contradictoria y ambivalente en que las relaciones de poder se organizan en el texto.

La función pragmática y discursiva de la diégesis del relato devela un contexto jerárquico organizado y estructurado a través de las instituciones gubernamentales, más concretamente, por medio de los aparatos ideológicos del estado que en el cuento de la Primera Dama serían el Ministerio de Educación y la Presidencia. Es decir, las relaciones de poder se ejercen de acuerdo a la posición que un individuo tiene en referencia con la estructura de mando a la que pertenece. Por esta razón, el Director muestra una excesiva sumisión ante el Presidente pero: “Después se le veía gordito dando ordenes y disponiéndolo todo, de acuerdo con el principio de que si uno mismo no hace las cosas no hay nadie quien las haga.” (116-117). Dicho de otro modo, la configuración del poder interpela a los individuos de manera que los atemoriza, los intimida, los corrompe y finalmente los domina.

Una forma eficaz para mantener las relaciones entre opresores y oprimidos en un estado de aceptación, lo constituye el servilismo y la domesticación ejercida por un aparato educativo incapaz de generar subversión y liberación. En el texto, se produce una paradoja. Por un lado, el Director asume un papel cómplice con el poder. Él es simbólicamente presentado durante la recitación como un San Francisco de Asís que se acerca al lobo. Por otra parte, el lobo metafóricamente representa a los políticos inescrupulosos del Estado (como el Presidente). El acercamiento entre ambos actores legitima la ferocidad y el accionar del “lobo” gubernamental. De esta manera, la evasión de responsabilidades sociopolíticas, económicas y morales se invisibiliza en un acto de proyección de culpa hacia una audiencia (pueblo) que pasivamente asume la opresión.

El discurso textual muestra una realidad sociohistórica concreta en contraposición con una hiperrealidad. Así, las relaciones de poder son sustentadas en sentimientos y actitudes de superioridad, inferioridad, incapacidad, ineptitud, deshonestidad y sumisión en actos simulados de solidaridad. Así la realidad concreta queda como un trasfondo suplantado por otra realidad maquilla carente de referente. Mientras tanto, a un pueblo hambriento se le entretiene con poesía carente de producir una reacción liberadora. En este sentido, el poder se ejerce y mantiene mediante el fomento del miedo en donde la figura del Estado se presenta como un ente poderosamente salvaje. Como resultado, las relaciones de poder que revelan los ideosemas textuales se construyen en forma piramidal: abajo el pueblo, en el medio los jefes de organizaciones estatales y la Primera Dama, y en la cúspide el Presidente.

Por otra parte, la ironía como figura retórica del discurso social, se presenta en tanto recurso textual que expresa el ejercicio de la violencia simbólica existente en el patriarcado, la modestia, la ignorancia, la corrupción. La expresión de la ironía en el texto patentiza una denuncia social carnavalesca porque ridiculiza las absurdas, serviles y corruptas acciones de todos los personajes.

Es evidente que el texto nos remite al discurso de la doble moral de una clase política caracterizada por la hipocresía de sus actos. Por ello el aparentar ser bueno y bondadoso no es más que un acto deshonesto y perverso. Esta situación la podemos observar en el acto inaugural del evento de la recolección de fondos cuando el Sr. Hugo Miranda miente sobre la posición del presidente quien

era el primero en lamentar porque como le había dicho personalmente el Presidente cuando lo llamó para hacérselo ver hay que hacer algo por esos niños en interés de los altos destinos de la patria nueva usted las conciencias remueva cielo y tierra conmueva los corazones a favor de esa noble cruzada (117).

De esta manera, el narrador no solamente distorsiona la verdad de los hechos, sino que también evidencia la forma en que la mentira y la hipocresía se legitimizan e institucionalizan dentro del estado: a través de actos públicos oficiales. Finalmente, los ideosemas se construyen como prácticas institucionalizadas e interiorizadas en la convivencia social y política.

Bibliografía

Amoretti, María. *Diccionario de Términos asociados en Teoría Literaria*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1992.

Ballesteros, Jesús. *Postmodernidad: decadencia o resistencia*. Madrid: TECNOS, 2000 (2ª ed.).

Baudrillard, Jean. *Simulacra and simulation*. Trans. Sheila Faria Glaser. Michigan: The University of Michigan Press, 1994.

Cros, Edmond. *Literatura, ideología y sociedad*. Madrid: Gredos, 1986.

Duchet, Claude, comp. *Sociocritique*. París: Nathan, 1979.

Duchet, Claude. *La politique du texte, enjeux sociocritiques*. Lille: Presses Universitaires de Lille, 1992.

Larousse. *Diccionario Enciclopédico Ilustrado el Pequeño Larousse 2005*. Barcelona: SPES editorial, 2004.

Monterroso, Augusto. “Primera Dama”. *Animales y Hombres*. San José: EDUCA, 1997 (4ª ed.).

Pêcheux, Michel. *Hacia un análisis automático del discurso*. Barcelona: Gredos, 1978.

Robin, Régine, y Marc Angenot. “La inscripción del discurso social en el texto literario”. *Sociocrítica, prácticas textuales, cultura de fronteras*. Ed. M.-Pierrette Malcuzyński. Amsterdam: Rodopi, 1991. 51-79.